

*En mi mundo nunca cae la noche.
Fascinante orbitar entre tres estrellas hermanas.
Para Eva, Elisabet y Cristina.
Mis tres radiantes soles.*

«No fue por una trágica amargura
esta alma errante desgajada y rota;
purga un pecado ajeno: la cordura,
la terrible cordura del idiota».

Un loco, Antonio Machado

«Cuando el diablo bajó a este mundo,
se sentó a observar,
no sin cierta admiración,
como su lugar ya lo había ocupado otro».
Sady Pineda.

«La verdad de un hombre reside,
sobre todo, en lo que calla».

André Malraux.

I

Ascuas crecía entre los cerros pelados y secarrales camino de los pantanos. Apenas una rasgadura. Se conformaba con una docena de calles torcidas que salían de la plaza del pueblo como las venillas rotas de los alcohólicos. La llaga, el derrame, estaba ceñido por un puñado de carreteras secundarias que lo constreñían como varices en la pierna de una anciana.

A veces me daba por pensar que si el pueblo fuese..., no sé, una persona, alguien como yo, sería un tipo perdido en mitad de ninguna parte con la mano haciendo visera bajo un sol de justicia o bajo la lluvia, según la época del año. En cualquier caso, un fulano desorientado con los zapatos sucios y sin saber muy bien hacia dónde tirar; en fin, ya saben a lo que me refiero, quizá no esté hablando del pueblo.

Da igual.

La cuestión es que me levanté por la mañana, me calcé el uniforme de policía y me dirigí a casa de mi viejo amigo el Triste a tomar café. En un momento dado, tras apurar de un trago el caldo de su taza, sacó un pescado del bolsillo y comenzó a susurrarle.

No me sorprendió, digamos que el Triste era el loco oficial del pueblo, hay uno en cada localidad, a veces más. Dejé de intentar comprenderlo hace ya mucho tiempo. Lo conocía desde que yo era un crío. Debía tener más de setenta años, pero yo siempre lo recordaba igual: descarnado, la piel cuarteada por el sol y el eterno medio cigarrillo apagado y pendiendo de los labios.

No fumaba, pero me dijo en una ocasión que a falta de dientes, el filtro impedía que se le cayese la baba.

¿El pescado?

Pche, parecía un percasol, aunque no sabría decirlo a ciencia cierta, no sé mucho de peces. En realidad, no sé mucho acerca de casi nada. Ahora, una cosa estaba clara, fuese lo que fuese lo que le estaba contando, parecía ser de suma importancia para mi amigo.

—¿Eres consciente de que le estás hablando a un pescado? —le pregunté al rato.

—Claro —me dijo—. Se me olvidó devolverlo al agua. Pero pienso echarlo al pantano y donde va, puede llevar el recado.

Si se supone que eso debía tener algún sentido, yo no se lo encontré. Y tampoco tenía tiempo para buscárselo, en un rato tenía que danzar hacia Madrid, tenía consulta con el doctor Barrios.

—Voy a preparar unas tostadas —dijo después de guardarse el pescado de nuevo en el bolsillo—. ¿Quieres?

—No. Tengo que irme.

—¿Se puede saber adónde vas tan temprano? —me preguntó.

—A ver a un loquero —le dije.

Y a la que tiraba de la puerta, dejé al viejo con un ataque de toses y flemas en la cocina.

Se reía de mí a base de bien y no se lo reproché. Eso no lo voy a hacer. He visto la locura en sus ojos. Muchas veces. Pero también me he mirado en el espejo y en fin..., creo que sería hipócrita por mi parte si lo hiciera. El Triste era oficialmente el loco del pueblo, y luego..., bueno, luego estábamos todos los demás.

Madrid. Consulta del Doctor Barrios, psicólogo. Media mañana. La salita de espera bien iluminada. Modernas e incómodas sillas de plástico. En la nariz, mezcla de limón, perfume caro de mujer y caramelos de menta.

Esperaba mi turno.

Llevaba cerca de tres meses yendo religiosamente a terapia todos los jueves. Y en esas estaba, pensando en mis cosas —que básicamente se trataba en averiguar cómo conservar mi empleo— y viendo las mismas caras famosas.

Por supuesto que las conocía, las caras, digo. Asistía con regularidad un futbolista ya retirado que intentaba cubrir el tufillo a alpiste chupando caramelos de menta que engullía a ritmo de uno cada cuarto de hora. Tenía problemas con el alcohol y el juego. Cada jueves acudía con nuevos lamparones en el viejo y arrugado traje de siempre. Charlamos en una ocasión. Me llamaba madero. No entró en detalles pero me dio a entender que la vida le había clavado un gol por toda la escuadra.

Deduje que había sido portero.

Pero no hay que hacerme mucho caso, siempre he sido un poco flojo sacando conclusiones.

Y luego estaba el niño junto a su madre; bueno, lo de junto a su madre es un decir, pues no paraba quieto un solo segundo. De hecho, algunos jueves, podría jurar que había más de un chiquillo correteando por la consulta. Me preguntaba cada poco tiempo por qué no llevaba pistola, cosas de niños, supongo. Se fijan en todo. El tema es que tenía

hiperactividad. Lo sabía porque la mujer, una veterana de las tertulias del corazón, de extensas caderas y encías caballunas, gritaba por el móvil haciendo partícipes a todos los demás, desde lo que una filipina le cocinaba ese día, hasta la exigua pensión que percibía, tarde mal y nunca, de su exmarido. El diagnóstico del crío, como todo lo demás, no suponía una excepción.

Cuando el chaval desparramó por segunda vez el revisitero que había sobre una mesita de cristal y estrangulaba con frenesí una lámpara de pie, se abrió una puerta lacada en blanco y asomó una mujer acompañada del doctor Barrios; una joven actriz con la piel tensa sobre los huesos. Los ojos sin brillo como algo muerto flotando en el fondo de un pozo. Había hecho de farlopera en una serie juvenil de mucho éxito, y a pesar de su altura, calculé que debía pesar menos de cuarenta kilos.

Mi turno, bigotillo y sonrisa con palmadita en la espalda incluida, mientras Barrios me acompañaba por el pasillo rumbo a la consulta.

Éramos amigos.

Dentro de la consulta, en penumbra, diván y conversación a media voz. Tras veinticinco minutos de charla, el doctor estaba sentado en el borde de la silla, libreta en mano, inclinado hacia delante y mirándome a los ojos.

¿Silencio incómodo?

No más que las modernas y carísimas sillas de plástico de la salita de espera.

3

Conocí a Barrios por casualidad y, la verdad, a pesar de que se trataba de un hombrecillo sofisticado de ciudad y yo, un policía de pueblo grandote y con cara de perro pachón, congeniamos bastante bien desde el principio.

Atropelló un corzo en una de las carreteras secundarias al norte de Ascuas. Como averiguaría más tarde, aquella mañana el doctor sacó el deportivo del concesionario y pensó que una buena forma de probarlo sería darse una vuelta en dirección a los pantanos. De regreso a la civilización, se confundió en un cruce y, mientras trasteaba con el GPS del móvil, impactó con el animalejo, se salió del carril y se estrelló contra una vieja encina.

Me encontré con el desaguisado por casualidad. Intentaba encontrar un buen chaparro bajo el que estacionar el coche patrulla con la intención de despejar la cabeza tras el pleno municipal. Mi trabajo estaba en entredicho. Con la historia de la crisis y los recortes y no sé qué rollos del déficit, pusieron sobre la mesa la posibilidad de prescindir del cuerpo de Policía Local, es decir, mi cuerpo. Soy el único policía del pueblo. En fin, que rumiando aquello estaba cuando me topé con el fregado montado en la carretera. Frené a un centenar de metros dejando el coche patrulla en el arcén. Durante unos segundos, barajé la posibilidad de largarme por donde había venido y buscar un sitio más tranquilo donde darle vueltas al asunto. Nada, imposible, el tipo ya me había visto y hacía aspavientos en mi dirección. De manera que me dije: «Toni, échale una mano y compórtate como un policía».

Y eso hice. Saqué unos pequeños prismáticos que siempre llevo en la guantera y bajé a echar un vistazo.

Dicen que la diferencia entre un mal policía y un buen policía reside en la calidad de sus preguntas. Yo me pregunté qué desentonaba más, si aquel simpático hombrecillo a lo Danny De Vito que no paraba de hacer aspavientos en mi dirección y conducía un Mustang con ocho cilindros en uve —un deportivo rojo, cuyo capó, y gracias a la encina, también tenía ahora forma de uve— o todo el conjunto. Es decir, el hombre con su minúsculo bigote, sus zapatos brillantes y su cochazo en aquella carretera abandonada de la mano de dios entre los trigales, campos en barbecho y los polvorientos caminos de tierra.

A ver, de hombrecillos que conducen deportivos sabía de poco a nada, pero de lo mío y mi problemilla con la sangre, por la cuenta que me traía, sabía un rato. De manera que decidí cerciorarme. Rodeé el coche patrulla y saqué el megáfono del maletero.

La conversación, más o menos así:

—¡Hola!

—Hola.

Mi voz, a través del megáfono, sonó atronadora, como de hombretón que sabe lo que se hace, al menos a mí me lo pareció. La de Barrios, desvanecida y distante.

—¡Veo que ha tenido un accidente!

—Muy agudo por su parte, señor agente. Sí, he atropellado a Bambi —me dijo.

Me sacudí un moscardón que no paraba de incordiar-me, me rasqué la rabadilla con el megáfono que sonó como una cremallera y, tras pensar unos segundos, le dije:

—¡Vale, señor! ¿Está usted sangrando o cree que pueda estarlo?

Ante todo profesionalidad.

—No, estoy bien.

—¿Está usted seguro?

—Bastante seguro —dijo palpándose, como si buscara la cartera.

—¿Y el animal?

—¿El animal?

—Sí. ¿Cómo se encuentra el animal?

Barrios se quedó un instante parado y debió preguntarse si yo era imbécil. Me ocurre a menudo, de manera que no se lo tuve en cuenta. Al final debió de decidir que la situación era demasiado surrealista como para ser una jodida broma y anadeó en dirección al corzo que había quedado postrado sobre los cuartos traseros una veintena de metros más atrás, entre los rastros.

Al rato volvió.

—Está herido, pero sigue vivo. Creo que se ha roto las patas —dijo.

—¡Vale! ¿Se veía mucha sangre?

—¿Cómo dice?

—¡Digo... Si se veía mucha sangre!

—No, no se veía mucha sangre.

—¡Vale! ¡Espere un momento!

Guardé el megáfono y di aviso por teléfono a la Guardia Civil para que mandasen efectivos del SEPRONA a ocuparse del animal. A los de Tráfico no les dije nada. Cuando me acerqué, Barrios me confesó que estaba probando el coche y lo había sacado del concesionario sin seguro. Le dije que no se preocupase. Lo mismo pensó que yo era un buen tipo

o alguna tontería por el estilo, pero la verdad es que no tenía ninguna gana de que llegasen los de Atestados con sus máquinas de mediciones y sus cámaras fotográficas y sus palabrejas técnicas que no había un dios que las entendiese.

De manera que llamé a mi hermana para que se acercase con la grúa. Una hora más tarde, Vega, que por algún extraño motivo aquella mañana se encontraba lo suficientemente sobria para conducir, se llevó el Mustang y yo me ofrecí a acercar a Barrios hasta la puerta de su casa en el coche patrulla. No sé por qué lo hice, la verdad. Da igual. No suponía problema alguno, pues era yo quien pagaba la gasolina de mi propio bolsillo. Un apaño al que había llegado con el Ayuntamiento al no disponer de coche propio. Por el camino hablamos..., bueno, más bien hablé yo, que si cilindros en uve, que si de coches de *renting*, que si la corrupción, que si la crisis, que si el problema catalán, que si de esto, que si de lo otro. En fin..., ya saben. Barrios tenía las orejas entrenadas y asentía cada poco soltando algún comentario gracioso al respecto. No solucionamos nada, pero trabamos amistad rápidamente. Tanto fue así, que en los escasos periodos de silencio, ninguno de los dos pareció sentirse incómodo.

De camino, Barrios barruntó al aire la idea de parar e invitarme a comer en un restaurante de carretera.

Si lo dijo por decir, no lo sé. Yo, que ya tenía el desayuno y el almuerzo de media mañana a la altura de los talones, acepté.

La primera pregunta obligada la dejó caer poco antes de los postres: ¿Cómo un hombre con aprensión a la sangre ha llegado a Policía de un pueblo como Ascuas?

Le expliqué que hacía más de veinte años, fui contratado por el Alcalde, un viejo amigo de mi padre —una forma de

evitar decir que apañaron la vacante para adjudicármela—, y después le conté por encima la historia de mi vida. Barrios me escuchó con atención y tras acariciarse el bigotillo con los dedos, dijo que podía ayudarme.

En la puerta de su casa de la Moraleja, un palacete con setos de formas geométricas, tan bien recortados como su mostacho, Barrios me dio su número de teléfono personal. No el de la consulta pues, como me dijo, me habrían dado cita para dentro de un año y un infarto al informarme de las tarifas. Esto último debió de parecerle gracioso pues se pegó una buena risa. Yo me reí también, pero por acompañarle más que por otra cosa. Luego, me guardé la tarjeta con el número y me marché, no sin antes decirle que *Bambi* era un ciervo, no un corzo.

Barrios, que de animales de monte sabía lo justo, resultó ser uno de los psicólogos más solicitados de la capital. Un tipo, como luego descubriría, cotizado por los ricos y famosos, un doctor cuyo tiempo se pagaba a precio de oro y del que se decía que ganaba un verdadero pastizal.

¿Si era bueno en lo que hacía?

Ni idea, no estaba yo puesto en ese mundillo; me pasaba como a los que no entienden de vinos. Para que se hagan una idea, sería capaz de hacer llorar a más de uno mezclando un Vega Sicilia con gaseosa. Desde luego una cosa estaba clara, su consulta en el centro, sus coches deportivos y su casa en la Moraleja decían que sí era bueno en lo suyo.

Además, no me castigó con la segunda pregunta de rigor: ¿Por qué no llevaba el arma encima?

Debió suponer, porque Barrios es un tío muy listo, que si llevaba una pistola encima y la utilizaba, en fin... pueden imaginárselo, en Ascuas nunca pasa nada. Pero por lo que

sea, yo que sé... Imaginad que al diablo le da por enredar y se produce un atraco en la Caja de Ahorros del pueblo. Saco el arma a pasear muy flamenco yo, y tenemos a un chorizo sangrando y a mí, desmayado y desparramado por el suelo como si me hubiesen disparado también.

Quita, quita...

A lo que iba, que no me preguntó al respecto.

Y habrá quien diga que Barrios era un sacacuartos, un vende humo. Ni idea, nunca he sido bueno juzgando a las personas por la primera impresión. Soy de los que piensa que todos somos buenos en lo nuestro hasta que se demuestre lo contrario.

Lo de inocentes es otro cantar.

Hacedme caso, sé de lo que estoy hablando.